

¿Se puede cambiar la Historia en una cena?

JOSÉ LUIS LANASPA

El panorama teatral del otoño podría decirse que, además de variado como el tiempo, es también incierto como el momento histórico que vivimos. Y en la zona de bonanza, vuelve el singular José María Flotats. Antes nos asombró con *Arte*, de Yasmina Reza, y con *París 1940*, de Louis Jouvet, dos reflexiones diversas para sonreír y entender la vida con dignidad.

Ahora, en *La cena*, de Jean-Claude Brisville, nos acerca desde la anécdota a ese viento imparable de la Historia en el que la responsabilidad de lo bueno y de lo malo que ocurre suele ser siempre la suma de lo que cada uno hacemos, más allá de los “salvadores” que bracean en las marejadas para mantenerse a flote y que a veces, desgraciadamente, imponen sus bajos intereses.

Esta obra, estrenada en el teatro Bellas Artes de Madrid, con traducción de Mauro Armiño y excepcional interpretación de Flotats y de Carmelo Gómez, nos lleva al epílogo de la derrota de Napoleón en Waterloo a principios del siglo XIX. Todo lo ocurrido en Francia en aquel tiempo fue decisivo para el resto de Europa. Y en medio de semejante tensión podemos ver lo que intentan y dicen dos personajes históricos de entonces reunidos en una cena: el presidente del gobierno provisional,

TEATRO

Joseph Fouché, que había sido sanguinario jefe de la policía, y el noble, astuto y apóstata Charles Maurice de Talleyrand al lado de la Monarquía de Luis XVIII que se veía venir: el vicio apoyado en el brazo del crimen, según Chateaubriand. Para Stefan Zweig, aquellos ministros de Napoleón, Fouché y Talleyrand, ambos sirven con igual deslealtad y falta de escrúpulos a la República, al Directorio, al Consulado, al Imperio y a la Monarquía.

Y asalta una duda: ¿Pueden todavía unos políticos influyentes cambiarnos la vida en una cena o en unas cuantas reuniones ministeriales? Esta pregunta se percibe en las reacciones de los espectadores ante algunas escenas. Esperemos que la respuesta sea negativa. Hay que confiar en la democracia, que entonces se estaba gestando tras la revolución francesa.

En cualquier caso, hay que subrayar que el trabajo escénico de José María Flotats es, como dirían los jóvenes, una gozada: un respiro en este tiempo de lamentables espectáculos basura. Resulta esperanzador que de vez en cuando aparezcan trabajos de arte y reflexión como éste y que acuda, que es el caso, un gran público y aplauda con entusiasmo.

El método Grönholm

Una comedia, en el teatro Marquina, que refleja una preocupación familiar de ahora: las “entrevistas” en busca de un trabajo estable. En *El método Grönholm*, de Jordi Galcerán, se reflexiona sobre la crueldad en las relaciones laborales y se escenifica el comportamiento de los cuatro últimos candidatos a obtener una plaza de ejecutivo en una multinacional, lo que supone para los aspirantes estar dispuestos a comportamientos absurdos y a luchar sin escrúpulos con los otros. Si subsistir con dignidad es difícil; en la conquista de uno de esos puestos, parece imposible.

La obra tiene su origen, nos lo cuenta el autor, a partir de unos informes de selección de personal encontrados casualmente en una

papelera. Un empleado de personal de una cadena de supermercados había anotado sus impresiones sobre las posibles candidatas a un puesto de cajera. Los comentarios eran crueles y humillantes: “Gorda, tetuda..., moraca..., parece idiota...”. Jordi Galcerán imagina a aspirantes así considerados a dar buena imagen de sí mismos y a soportar lo que sea por alcanzar un trabajo. No importa quiénes somos ni cómo somos, sino lo que aparentamos ser, subraya el autor que acierta en su creación. Carlos Hipólito, uno de nuestros grandes actores, encabeza el reparto acompañado a su altura por Cristina Marcos, Jorge Roelas y Jorge Bosch. Y una buena dirección de Tamzin Townsend.

Pero hay de todo en esta cartelera otoñal, como apuntábamos al principio. Hay que añadir, por ejemplo, la actuación de ese gran actor, Rafael Álvarez “El Brujo”, en *San Francisco, Juglar de Dios*, de Darío Fo. Dos grandes intérpretes también, Héctor Alterio y Encarna Paso, en *Yo, Claudio*, de Robert Graves y versión teatral de Alonso de Santos. Otra obra, próxima a la actualidad: *Hipotecados*, un vodevil psicológico, según su adaptador Juan José Arteche, y con actores tan conocidos como Pedro Osinaga, Manuel Tejada y Remedios Cervantes. Y en el llamado teatro alternativo continúa la *Trilogía de la Juventud*. Conviene mirar despacio las carteleras de estas salas en las que no faltan obras como la apuntada, que merecen la pena. Tampoco falta una mirada a nuestro Siglo de Oro con *La celosa de sí misma*, de Tirso de Molina, puesta en escena por la Compañía Nacional de Teatro Clásico.